



EL AMIGO DEL OBRERO

— Organo de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay —

REDACCION-ADMINISTRACION calle Daymán núm. 120

HORAS DE OFICINA: 9 a 11 p. m. — 1 a 4 p. m.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital (por mes)..... \$ 0.80

En campaña (semejantes)..... \$ 0.80

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

REDACTORES

TOMÁS G. SAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS JUEVES Y DOMINGOS

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Administración, Daymán 120; Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada; Librería Popular, 18 de Julio 519; Sastrería de Domingo Landi, San José 124 y Librería de la Aguada, Agrañada 321.

Sírvanse nuestros suscritores dirigir las quejas a dichos puntos.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 3 DE NOVIEMBRE DE 1901

ELLEVACIONES DEL ALMA

Padecemos olvidos que nos hacen altamente culpables.

Abrigamos temores que reñan el carácter de verdadera alevosía y hasta nos hacen cómplices con los consejos de la iniquidad.

La hora actual es de locos furios contra la obra de Dios y contra los que le siguen y adoran su nombre augusto.

Tenemos en herencia la solemnidad augusta de las promesas divinas y la más completa seguridad del triunfo definitivo.

La mano hecha a fabricar mundos y derribar soberbias humanas, sostiene nuestra fragilidad y vigoriza nuestros esfuerzos en medio a los bramidos de la deshecha tempestad.

No obstante nos apocamos, nos falta el valor para declarar el lema de nuestra bandera y dar el nombre de nuestra milicia.

El excepticismo glacial lo hiela todo y paraliza en nuestras venas aquella sangre generosa, la sangre cristiana que en tanta abundancia se derramó un día en defensa de esa bandera que agitó triunfadora sobre el sepulcro el Redentor del mundo.

Tenemos miedo, lo ahí todo.

El ludibrio, el sarcasmo, la befa sacrilega de aquellos a quienes ayudamos a insultar a Dios con nuestra cobardía, hacen disminuir las energías en otros tiempos tan prodigios de nuestras almas.

La honra divina está por los suelos.

La gloria de Dios, la causa santa reclama nuestra cooperación en la medida de nuestras fuerzas.

Sobre todo la propaganda, la propaganda activa y sin descanso.

Y miedo paraliza nuestra acción.

Esta hora de lucha es aquel momento solemne del cual nos dijo el divino autor y consumador de nuestra fe: "No temáis: Yo estoy con vosotros."

¿Qué importa que los atropellos vengan, si nos encuentran unidos y retenidos en el vínculo sagrado de la caridad y de la misma fe? No escuchamos si no las estériles lamentaciones de un convencionalismo sin fruto y sin miras elevadas.

No vemos más que las prepotencias ensorbecidas declaradas en guerra contra el Omnipotente.

Juzgamos demasiado humanamente y prescindimos de demasiada frecuencia de la intervención de lo alto.

¿Qué importa que la befa blasfema caiga de labios prepotentes? A caso están eximidos los poderes de la ley inexorable? No se han de contrar esos labios por invulnerables que parecen con la horrible mueca de la muerte.

Elevevemos nuestras rimas.

Los combates a que se nos provoca están predichos hace veinte siglos y están anunciados también nuestros triunfos.

"El Señor desbarata los planes de la iniquidad: reprueba las maquinaciones de los pueblos y anatematiza los consejos de los que gobiernan."

"Fija está su mirada en los que obran la maldad, a fin de aniquilar su memoria de entre los hombres."

"Cabe a los que sufren persecución está el Señor y salvará a los humildes."

Pero la humildad no es cobardía.

Muchas son las tribulaciones que ha sufrido la causa santa y de todas la ha sacado triunfante la mano del Excelso.

Luchemos por la causa de Dios sin cansancios culpables, sin cobardes temores.

El capital y el trabajo

En vista de los acontecimientos que se vienen produciendo en estos últimos tiempos y de los perjuicios que ellos importan para los intereses de los industriales, parece que éstos, secundando la iniciativa de uno de los establecimientos de mayor importancia en esta capital, adoptarán medidas para poner en salvo sus intereses, que corren riesgos muy serios, dada la actitud del obrero.

Y los que un tiempo atrás se burlaban y consideraban visionarios a los que daban la voz de alerta y señalaban el peligro que estaba en puertas?

Y los órganos de la prensa, que, en vez de defender y patrocinar los bien entendidos intereses del obrero, con su prédica anárquica y desquiciadora, han arrestrado o han contribuido en gran parte a colocar en esa falsa situación, en virtud de la cual tan gravemente perjudicado sale, el hijo del trabajo?

Y esa misma prensa que llevaba diariamente a conocimiento del obrero y le ponía en contacto con los que hablan de explotarlo, miserablemente, después de haberle perdido su buena o mala colocación que le proporcionaba el escaso sustento para ellos y sus familias?

Pero esperamos ocuparnos más directamente de este tema.

Otras son las reflexiones que nos inspira la

noticia que en el comienzo de estas líneas hemos dado.

¡Hallamos muy justo y razonable que la industria ponga a salvo sus intereses que ya lesionados o en peligro por la actitud de los obreros manifiestamente hostil.

Pero supongamos, pues no tenemos motivo ni cabe pensar lo contrario, que se tendrán en cuenta los intereses del obrero.

Esos intereses son sagrados.

Hay que salvar por todos medios legítimos los intereses obreros.

Con dolor hay que confesar que esos intereses tan sagrados, también están lesionados y sin defensa.

Las exigencias de la industria y del capital no deben olvidar jamás las leyes de la equidad.

Y nos atrevemos a afirmar que esto será el mejor tutor, la defensa más poderosa de unos y otros intereses, la observancia de la justicia.

El capital y la industria no deben olvidar que el obrero no es una máquina de producción.

Tampoco debe el obrero ultrapasarse los límites de lo razonable y de lo justo; negándose obstinadamente a oír proposiciones y pretendiendo hacer prevalecer, mal aconsejado por quienes explotan sus avaras, imposiciones ridículas, que redundarán, no en su provecho, sino en lucro de unos pocos, interesados al parecer en su bien y sólo buscan particulares intereses, miradas interesadas y ambiciones desmedidas.

Al preocuparse pues la industria de esta magna cuestión, salve sus propios intereses y salve los del obrero: sin la salvación de estos no vemos solución posible para la salvación de aquellos.

El capital y la industria sin el trabajo no se desarrollan; el trabajo sin el capital no prospera. No se pueden lesionar los intereses del uno, sin perjudicar por ese mero hecho los del otro.

Más aún: si la industria solo se cuida de sus intereses y deja en descubierto los intereses del obrero, a parte de que no podría marchar con paso firme y sin zozobras continuas, dejaría librada la suerte del obrero a la desesperación o a la ruina y entre estos dos abismos, existe hoy un tercer peor que ambos, la anarquía, en cuyos brazos caería el obrero sin esperanzas y sin defensa.

Y la anarquía entraña muy graves peligros para la misma industria, para el capital y no menores para el obrero, que se convierte en manos de la anarquía en una víctima indefensa y un instrumento ciego de ajenas ambiciones y de pasiones bajas.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

El tema es vastísimo y no podemos abarcarlo en el breve espacio de un artículo.

Ni podemos por otra parte formar juicio a cerca de la nueva faz que entre nosotros tomará esta zarandada cuestión social entre nosotros, por carecer de mayores detalles al respecto.

Solo insinuamos, en defensa de los intereses bien entendidos y equitativos del obrero, en que estos deben ponerse en salvo. Lo contrario sería ahondar más los abusos que ya separan al capital y al trabajo, levantar nuevas resistencias y declarar una guerra cuyo desenlace inevitable sería la bancarrota de los intereses obreros o industriales.

sucitado, como un myrto escalfado a la tumba sin sombrero y sin más prendas de vestir que sus largas ropas de cama.

"Dejadme caminar" repitió nuevamente con voz extraña y cavernosa.

"Escuchadle, Virgen Santa, escuchadle" sollozaba la madre: "no había hablado aún con voz inteligible durante 20 meses".

Y a la vista de millares de expectadores, que se precipitaban sobre él de entrambas alas de la procesión *aquel deshecho de hombre* ("cette épave humaine"), cuyas piernas parecían dos palotes de amasar y cuyos pies no eran sino un conjunto de llagas, dió cinco pasos temblorosos sobre las sábanas, que se le habían tendido en el suelo a manera de alfombra y cayó luego en los brazos que le seguían de cerca para recibirle.

Acompañé al Hospital a los que lo transportaron en su camilla y tomé datos ciertos sobre los antecedentes de ese hombre. Su nombre es Gabriel Gargam.

Hasta hace 20 meses era estafetero. En un accidente ferroviario, que tuvo lugar cerca de Angoulême fué herido gravemente y una parálisis de la médula espinal le imposibilitó hasta para alimentarse, sino era por medio de una sonda.

No podía hablar sino muy raras veces y su cuerpo de la cintura abajo estaba completamente paralizado *insensible hasta a la acción del hierro candente*, que en distintas ocasiones le aplicaron los médicos.

Esta mañana, después de bañarse en la piscina y recibir la Santa Comunión ha comido como una persona sana y ha podido caminar como lo puede hacer un hombre, a quien una larga inmovilidad hubiera casi atrofiado los músculos de la pierna.

Las llagas de sus pies, que aún ayer supuraban, están casi completamente cerradas.

Su rostro recobra el color y su voz es clara y vibrante.

"En la Oficina de Constatación nos ha dicho Mr. Gargam esta mañana, que su *fe de católico* había recomenzado solamente en el momento de su curación."

"*¡Había sido católico, pero no oía misa sino muy raras veces y tenía olvidadas por completo sus oraciones en el momento en que la Hostia Santa se inclinó sobre él.*"

Hasta aquí el corresponsal judío, que tiene a lo menos el valor de confesar el hecho sin rebajarse a ridículas grocerías, que chocan con el sentimiento popular.

Contrasta singularmente ese lenguaje reverente de un israelita con el de nuestros liberales bautizados, que aún atacados de hemiplejía corporal y espiritual solo distinguen una obvia en aquello que hasta los judíos llaman con respecto *Hostia Santa y Santa Comunión*.

El testimonio es irrecusable: el hecho se desprende con toda naturalidad bajo la acción invisible de un agente sobrenatural.

Como lo dice el corresponsal del "Journal" de París, testigo presencial de la curación de Gargam—"El misterio domina en todo esto: si nosotros no queremos darle este nombre, si nosotros no queremos ni aún pensar en él, *respetemos* por lo menos a los que creen estar obligados a tomar una actitud contraria."

Y después de narrar el hecho milagroso en la misma forma que el corresponsal del "Daily Mail" concluye con esta observación, que lo honra:

"Si, se producen en Lourdes muchas curaciones, *toda clase de curaciones*. Se puede decir que hasta la hora presente no admiten explicación alguna natural, son inexplicables científicamente. Se puede buscar una explicación por hipótesis más o menos fundadas o bien declarar que son absurdas e incomprensibles—*Pero no se puede negar su realidad.*"

Fotos.

CONFERENCIAS EN VAL-DES-BOIS

Esta es una fundación esencialmente obrera y eminentemente cristiana.

Se respira un ambiente confortador de contento y de indecible bienestar.

Y oye lector y repara que no estamos en el siglo de *oscurantismo*, de los *garbanos* de *libra*, sino en pleno siglo *vigésimo*.

¿Qué contraste! En las fábricas y fundiciones a la *moda* *nuevita* entra el visitante y siente y palpa en la atmósfera algo que oprime, que *ahoga*, que *asfixia*. Rostros arrugados por la tristeza, contritos por el odio: miradas reveladoras de iras implacables, caladas momentáneamente por relativas impotencias o costosas pero insuficientes concesiones: actitudes desconfiadas, palabras recelosas.

No lo olvidemos; aquí reinan los principios del día, las enseñanzas a la moderna, nada de fe, nada de religión, nada, ni una palabra de Dios, si no es para insultarlo.

En Val-des-Bois en cambio, al primer golpe de vista un estremecimiento de intensa alegría dilata el corazón. La atmósfera está saturada de bienestar: hay franca expansión que recorre como ráfaga bienhechora de un extremo a otro los inmensos talleres: los rostros reflejan apacible tranquilidad: las miradas exteriorizan íntima satisfacción: cantares juguetones vuelan del fondo de aquellos telares y emulando otros can-

tares de peregrinos dicha suben hasta el trono del *divino obrero* de Nazareth, en forma de protesta de amor y espontánea resignación.

Porque esta fundación, lector mío, está montada a lo antiguo: es pura y netamente cristiana; el régimen es el del salario y no hay un solo obrero que se queje: todos los miembros de una misma familia encuentran allí trabajo, pero no explotador de sus fuerzas, sino proporcionado a las mismas. Cada familia vive en su céntrica independencia, dotada de su jardín respectivo: en previsión de que en ciertos casos puede ser insuficiente el salario para las exigencias legítimas de la familia, M. Harmel, que es el patrón de Val-des-Bois, ha fundado una *caja familiar*, para estos casos excepcionales.

Como allí todo es a la antigua, hasta la paz y tranquilidad que reinan y han huido de otras partes—en medio se alza, como una aspiración grandiosa de aquellos corazones felices, una artística capilla ojival, atendida por dos capellanes.

Existen allí con el mismo origen dos colegios, uno para niños dirigido por los Hermanos de la doctrina cristiana, y otro para niñas, a cargo de las Siervas del Corazón de Jesús.

M. Harmel, dueño, fundador y patrón de dicha fábrica vive con su familia en medio de aquella población obrera: a él pueden recurrir los obreros, como hijo a un padre, en cualquier queja que tengan, seguros de ser paternamente atendidos.

Los *futuros patronos* hacen su aprendizaje pasando por todos los grados de la fábrica como cualquier obrero, hasta poder reemplazar a cualquier obrero y al contramaestro a cuyas órdenes trabajan.

Existen allí, dirigidas por los *misimos interesados*: sociedad de socorros mutuos, cajas de ahorros, seguros, etc. Hay un *Consejo de fábrica*, del cual forma parte un obrero de cada sección, elegido entre los más antiguos: este *Consejo* se reúne cada quince días para ocuparse de las cuestiones higiénicas, del modo de evitar los accidentes del trabajo, de la formación de aprendices, de las producciones, de los salarios, de las primas, y de cuanto interesa a la vida y mejoramiento *moral y material* del trabajador.

Por demás está advertir aquí que lo *único* que allí *huelga* son las *huelgas*, que son el pan cotidiano de las fábricas instaladas a la moderna, donde priman los obreros anarquistas y sobre todo los patronos codiciosos.

Todo lo contrario, la fábrica de Val-des-Bois, dice un autor, tiene "una fisonomía de honradez, de dulzura, y de *buen tono* que encanta".

¿Revelan esa fisonomía las otras, las organizadas con los nuevos principios, con la fraternidad, con la igualdad, con la libertad de cuño actual?

No podían, para su mismo bienestar, implantar el mismo sistema, en lo esencial al menos otras fábricas?

Si es cierto que el bien del obrero es lo que estimula a los modernos *apóstoles* y *redentores*, porque se alejan y alejan a los obreros de las enseñanzas de la fe?

Para convertirlos, nos decía un amigo, en víctimas seguras de sus voraces ambiciones".

Concluyamos. Val-des-Bois, es una demostración palpable de la sabiduría de la enseñanza de la Iglesia respecto a la cuestión obrera y una prueba evidente de que esas enseñanzas, lejos de ser utópicas tienen su más práctica aplicación donde quiera que haya patronos como M. Harmel—y quien dice patronos dice Gobiernos—que aman como Cristo manda, el bien del individuo y de los pueblos.

Reflexionen los obreros y elijan entre los *nuevos redentores* que los explotan y la Iglesia que los ama y los salva.

Rebenque.

Colonia—Parece contar con mayoría colorada el grupo que patrocina las candidaturas de los señores Benito M. Cuñarro y Lauro Olivera. Los nacionaistas hablen de Juan Gil y Eduardo Moreno.

Maldonado—Nuevamente tendrá que reunirse el congreso elector nacionalista, pues el señor Bernardino Orique, no acepta su proclamación.

La Voz de la Iglesia" de la vecina orilla en su número del 18 de Octubre pasado—dedicado a la conmemoración del centenario del general Urquiza—trae el siguiente documento histórico de mucho interés, por el cual se autoriza al vencedor de Caseros para usar sobre su traje oficial un medallón con la efigie del Redentor, mandado por el Papa con otros regalos piadosos.

Santa Fé, Diciembre 29 de 1853.

Al Excmo. Sr. Director provisorio de la Confederación Argentina, Brigadier General Dn. Justo José Urquiza.

El Soberano Congreso General Constituyente ha recibido una nota de V. E. dada en S. José, a 20 del actual mes de Diciembre, pidiéndole autorización para usar sobre el hábito oficial, una medalla con el busto del Redentor del mundo, con que ha querido mostrar a V. E. su predilección del Padre común de los fieles, su Santidad Pío IX, actual Pontífice reinante.

El Congreso no tiene inconveniente para conceder a V. E. la autorización que le pide. Siéntan bien sobre el pecho de un guerrero republicano, las insignias de la fe que da aliento a su corazón. Y a nadie cuadraría mejor ostentar sobre las insignias del Magistrado la efigie del Salvador, que a aquel cuyo ánimo generoso libertó a la Nación Argentina del reinado de la desigualdad y de la injusticia, ejercido por el más impío de los tiranos, con todos los medios que reprueba la santa doctrina del Evangelio.

En nombre de la libertad y de un pueblo se ha extendido la fama de V. E. hasta llegar al trono soberano del Pontífice; y al manifestar éste a V. E. su cariño y paternal benevolencia, ha demostrado con un hecho, que la cabeza del mundo católico simpatiza con las ideas del progreso social y de libertad civil bien entendida.

El Congreso felicita a V. E. por el honor y la satisfacción que deben causarle las consoladoras y afectuosas demostraciones hechas a su benemérita persona por el sucesor de San Pedro. Y al acceder a la solicitud de V. E. en los términos ya expresados, el Congreso General Constituyente tiene la honra en saludarle con la más alta consideración.

Dios guarde a S. E. el señor Director Provincial muchos años.

SANTIAGO DERQUI, Presidente.

Está conforme. Saturnino M. Laspiur, Secretario.

IGUALDAD

En medio de la calle y entre el barro la colilla del misero cigarro

vió caer junto a sí la de veguero que arrojó desdenoso un caballero.

—¡Ay, pobre y triste compañera mía!—clamó la del estanco sucia y fría;— así pagan al fin nuestros favores los viciosos é ingratos fumadores.

—¿Quién se atreve a llamarme compañera?—dijo arrojando chispas la veguera.— Soy "Cabañas" y aún tengo el brillante esplendor de un abolengo!

—De poco te ha valido ese ilustre apellido: no te vengas con humos, desgraciada, que ya no ha de servirte para nada...

Pasó en esto un muchacho "colillero" y del lado sacándolas ligero, ambas colillas zambulló en el saco repleto de inmundicia de tabaco.

Así fueron los dos, ¡oh desventura! A convertirse en pobre picadura. Lo mismo nos sucede a los mortales; colillas nada más, todos iguales.

Miguel Ramos Carrión.

Círculos Católicos de Obreros

Central

SUBSIDIOS—Se pagaron durante la semana las siguientes:

A Cesar Poggi . . . \$ 20.00

" Vicente Tampasco . . . " 7.80

" Casimiro Bugallo . . . " 7.80

" Antonio O. Domínguez . . . " 15.00

" Adrian Bañico . . . " 15.00

" Ventura Mensióni . . . " 10.00

" Miguel Moragía (crónico) . . . " 10.00
